

“CAMBIAN ELLOS, CAMBIANDO EL MUNDO”. EMOCIONES Y CAMBIO CULTURAL EN LAS LUCHAS PARA LA DEFENSA DEL TERRITORIO. UNA MIRADA DESDE ABAJO

Bajo el Volcán, año 13, número 21, septiembre 2013-febrero 2014

Alicia Poma

Escuela de Estudios Hispanoamericanos (EEHA-CSIC)
alicepoma@gmail.com

Fecha de recepción: 4 de diciembre de 2013

Fecha de aceptación: 28 de enero de 2014

RESUMEN

En este artículo presentamos una propuesta de análisis que permite evidenciar el cambio individual y social, resultado de las experiencias de lucha por la defensa del territorio. Describimos el enfoque desde abajo y desde el sujeto que permite ver las luchas desde una perspectiva diferente a las predominantes, en la cual los sujetos y el cambio cultural que experimentan están en el centro del análisis. Vemos cómo ese cambio a nivel individual está relacionado con el cambio social y la importancia de incorporar las emociones en el estudio de la protesta. Finalmente se quiere demostrar que, al cambiar la mirada hacia los sujetos que luchan, se puede apreciar el gran potencial emancipatorio de estas experiencias.

Palabras clave: ambientalismos de base, cambio social, emociones, empoderamiento, emancipación.

SUMMARY

In this paper I will present a proposal of analysis that will allow highlighting the cultural and social change as an outcome of the struggle in defence of the territory. I will describe the approach from below and from the viewpoint of the subject, which allow seeing the resistances from a different standpoint from the predominant ones, in which people and cultural change that they experience during the resistance are in the centre of the analysis. I will also present how the individual change is connected with social change and the relevance to incorporate emotions in the study of protest. Finally, what I intend to demonstrate in this article is that focusing on

the subjects who fight, it is possible to appreciate the great emancipatory potential of these experiences.

Key words: grassroots environmentalism, social change, emotions, empowerment, emancipation.

INTRODUCCIÓN. REPENSAR EL ESTUDIO DE LAS LUCHAS AMBIENTALES

Las resistencias por la defensa del territorio son experiencias de luchas locales, comunes tanto en Europa como en América Latina, que se han intensificado en las últimas décadas como consecuencia del aumento de las obras necesarias por satisfacer el apremiante y creciente consumo de energía y recursos del sistema socioeconómico. Actualmente, miles de comunidades y colectivos, en todo el mundo, están luchando para defender su territorio de la devastación que conlleva la construcción de una presa, una autopista, una línea de trenes de alta velocidad, un aeropuerto, una mina o un parque eólico, sólo para recordar algunos ejemplos. Un exiguu número de estas luchas consiguen frenar la construcción de las obras, otras se prolongan durante décadas, y muchas más no consiguen pararlas. En este artículo intentamos explorar cómo estas luchas, independientemente de su resultado más evidente, producen un cambio en los individuos que las viven, convirtiéndose en experiencias emancipatorias.

Nuestra idea parte del hecho de que los estudios que han analizado estas experiencias, hasta el momento, no han sido capaces de resaltar la gran potencialidad de cambio que implican para las personas que participan en ellas. Algunos análisis se centran en la dimensión estructural, otros en la dinámica de la protesta, otros en la dimensión psicológica, etc., pero a nuestro entender no existe todavía una propuesta analítica que resalte el potencial de cambio de experiencias que, como escribe Krauss, “revelan un mundo más amplio de poder y resistencia, que en cierta medida terminan con desafiar las relaciones sociales de poder” (1993: 248).

De hecho, como evidencia la misma autora, las actividades de protesta de la gente común “han sido a menudo trivializadas, ignoradas y vistas como acciones interesadas, particularistas y parroquianas” (Krauss, 1993: 248). La literatura sobre conflictos ambientales, por ejemplo, se caracteriza por etiquetar a las oposiciones locales como “NIMBY” (*Not In*

My Back Yard),¹ acusando a aquellos que se oponen a las instalaciones de responder a motivaciones egoístas e irracionales.²

El *NIMBYsmo* responde a una lógica autoridad-céntrica, es decir, “privilegia la pericia centralizada a expensas de las voces de la comunidad local” (Gibson, 2005: 383-383), no refleja la realidad de estas experiencias que se caracterizan por una carga emocional muy fuerte, que tiene muy poca relación con comportamientos egoístas y conservadores. Más bien, las luchas ambientales resultan ser luchas políticas en tanto que “cuestionan las estructuras de poder y plantean una participación activa de las poblaciones en los procesos de toma de decisiones” (Leff, 2004: 406). Como afirma Celene Krauss, la apropiación de la ideología democrática se convierte en un instrumento de y para la politización, y hace que estas luchas sean experiencias “a través de las que ciudadanos ordinarios se hacen críticos” (1989: 237), volviéndose sujetos políticos.

Entre los autores críticos a la etiqueta NIMBY que proponen una lectura política de estas experiencias, Neveu sostiene que esas interpretaciones “tienden a borrar las posiciones de poder diferentes de los protagonistas” y, además, son “formas de negar a la gente de abajo la capacidad de ser movida por algo más que intereses materiales” (2002: 61). En la misma línea, Lake afirma que estas experiencias “reflejan el papel del lugar en la movilización y el empoderamiento de la resistencia de la comunidad en contra de los intereses del capital” (1993: 88). Los promotores de estas instalaciones actúan minimizando el coste del capital y maximizando el coste sobre las comunidades, y eso lleva a la conclusión de que “el conflicto contra LULUS³ es una lucha entre el capital y la comunidad a través de la mediación del Estado” (Lake, 1993: 90). Gibson también comparte esta visión afirmando que “la lucha central, espacialmente hablando de uso del territorio, gira alrededor de la cuestión de quién acumulará los beneficios y quién se cargará con los costes de las decisiones específicas del uso del territorio” (2005: 387).

Este trabajo quiere demostrar que estas luchas, que al principio son reacciones contra un ataque al propio territorio, se convierten en experiencias políticas y de emancipación, que vuelven “a la ciudadanía más activa y consciente de sus potencialidades y de los recursos que tiene a

disposición, sosteniendo así un proceso de *empowerment* o de desarrollo de comunidad” (Mannarini y Fedi, 2008: 11-12).

Partiendo de estas premisas, y basándonos en los resultados de la investigación doctoral de la autora,⁴ en este artículo presentamos una propuesta de análisis para comprender estas luchas desde la perspectiva de sus protagonistas, es decir, de los habitantes de los territorios afectados. Nuestro objetivo es presentar al lector cómo, mirando desde abajo y desde los sujetos, se puede llegar a conocer el potencial de cambio que tienen dichas experiencias por la defensa del territorio.

INVIRTIENDO LA MIRADA: DESDE ABAJO Y HACIA LOS SUJETOS

En este apartado explicamos qué presupone analizar las experiencias de lucha para defender un territorio desde abajo, y en su dimensión micro y meso, es decir, centrada en el individuo y en la comunidad.

Gran parte de la literatura sobre movimientos sociales considera que son actores políticos sólo aquellos que se enmarcan en una dimensión formal e institucional de la política, reproduciendo una “epistemología Estadocéntrica y de la dominación” (Regalado, 2012: 168). Esto se traduce en que “lo único importante, cuando se habla de procesos sociopolíticos, es lo que hace el Estado y sus instituciones, o lo que hace la gente, pero alrededor de las convocatorias institucionales” (ídem). Bajo esta visión las personas son “‘conscientes políticamente’ y potenciales de cambios sociales o revolucionarios solamente cuando salen a la arena política pública” (Martín, 2011: 6). Los autores que abrazan esta visión centran sus análisis en la dimensión macroestructural de los movimientos, es decir, en las organizaciones formales, en los líderes y en los activistas más que en los participantes, y en los cambios estructurales más que en los cambios culturales. Desde esta perspectiva se considera como político sólo aquello que concierne a la esfera pública; como resultados de los movimientos únicamente los cambios en la estructura estatal o su impacto en las políticas públicas, y cuando se habla de movimientos sociales se hace referencia a las organizaciones que participan en los movimientos sociales (SMOs en la sigla en inglés).⁵

Tanto en el Sur como en el Norte, no han faltado autores que han propuesto lecturas críticas para el estudio de la acción colectiva y, entre ellos, Piven y Cloward a finales de los años setenta ya afirmaban que la definición de movimiento social “pone demasiado énfasis en la intencionalidad de los manifestantes, porque refleja una confusión entre el movimiento de masa y las organizaciones oficiales que tienden a emerger en la cresta del movimiento” (1977: 4-5). En la misma línea, Jasper, criticando el concepto de oportunidades políticas, afirma que “esta aproximación ignoraba las elecciones, los deseos, los puntos de vista de los actores: los participantes potenciales se daban por sentados y como ya dados, tan sólo esperando la oportunidad de actuar” (2012: 12). Finalmente, las perspectivas Estado y autoridad céntricas han supuesto una limitación en la comprensión de la acción colectiva que a nuestro aviso puede ser superada enriqueciendo los análisis con “una mirada interior, capaz de captar los procesos subterráneos e invisibles, lo que sólo puede hacerse en un largo proceso de involucramiento con los movimientos, no sólo con sus dirigentes” (Zibechi, 2008b).

La elección de mirar las experiencias de lucha desde abajo significa no sólo invertir la mirada hacia los sujetos, sino tomar en cuenta aquellos que normalmente han sido olvidados tanto por el poder como por los análisis académicos, buscando “más allá del activismo, para descubrir los millones y millones de rechazos y de otros-haceres, millones y millones de grietas que constituyen la base material del cambio radical posible” (Holloway, 2011: 13). Por esta razón, en nuestra propuesta de análisis defendemos la idea de que no hay que centrarse en los activistas de las organizaciones que participan en un conflicto, sino en las personas “comunes y corrientes” que carecen de un discurso previo estructurado. De hecho, los activistas son sólo la punta del iceberg de un movimiento, y además “el cambio social no es producido por los activistas [...] es más bien el resultado de la transformación apenas visible de las actividades cotidianas de millones de personas” (ídem.).

Mirar a estas experiencias desde abajo significa también tomar en consideración el hacer política “desde un estar-siendo en la cotidianeidad” (Sandoval, 2012: 9) o, en otras palabras, de haber llegado a “entender que es intensamente político lo que los sujetos colectivos e individuales hacen

día a día, de forma cotidiana” (Regalado, 2012: 176). En la misma línea, James Scott ya habló de “infrapolítica” como la “gran variedad de formas de resistencia discretas” (2000: 44), “la lucha sorda que los grupos subordinados libran cotidianamente” (2000: 217) que “se caracteriza por liderazgo informal, de las no elites, de la conversación y del discurso oral” (2000: 236). La infrapolítica “está siempre ejerciendo presión, probando, cuestionando los límites de lo permisible [...]” y “si se descuidan la vigilancia y los castigos [...] amenaza con volverse política revolucionaria” (2000: 237). Ese concepto es indispensable para entender los eventos aparentemente ocasionales de protesta o insurrección, porque explica la existencia de un “discurso oculto” de los subordinados que en eventos especiales⁶ emerge y se hace público. Ese discurso oculto “representa una crítica al poder a espaldas del dominador” (Scott, 2000: 21), es un producto social “resultado de las relaciones de poder entre subordinados”, emerge en los espacios sociales y marginales y cuando hay más gente que lo comparte, y “existe sólo en la medida en que es practicado, articulado, manifestado y diseminado dentro de los espacios sociales marginales (2000: 149). Y allí está su trascendencia en experiencias como los conflictos ambientales donde ese discurso se hace público y alimenta la protesta. Porque, si es verdad que los movimientos formales y organizados pueden dotar de argumentos a los afectados, el discurso oculto es el sustrato que los alimenta.

El enfoque desde abajo pone la experiencia de los sujetos al centro del análisis, según la idea de que “la vida cotidiana, el barrio o el territorio de una colectividad también pueden volverse asimismo espacios de experiencia contra la ideología neoliberal” (Pleyers, 2009: 142). Centrarse en la experiencia, entendida en su doble sentido: la experiencia vivida y la experimentación (Pleyers, 2009: 141), permite “entender la interacción social desde los puntos de vista de los actores” (Jasper, 2012: 36), entre otras cosas porque la experiencia no puede ser delegada (Pleyers, 2009: 144). Bajo este enfoque las experiencias de lucha no se pueden comprender sin conocer la vivencia cotidiana de los sujetos que experimentan el cambio, ya que “es la experiencia de todos los días de la gente [la] que contribuye a construir el sentimiento de injusticia, establece la medida de sus demandas y pone en evidencia los objetivos de su rabia” (Piven y Cloward, 1977:

20-21). Centrarse en los sujetos significa también reconocer el peso de las decisiones individuales más allá de la dimensión personal y privada porque, como escribe Jasper, “la gente decide qué hacer [y qué no hacer o tolerar, nada] y estas decisiones tienen importantes efectos” (1997: XII), a pesar del escaso interés que susciten en los análisis académicos. Para concluir, el objetivo de nuestra propuesta analítica es invertir la mirada hacia el sujeto y desde abajo para poder “ver resistencias más allá de los sujetos que salen al espacio público” (Martín, 2011: 8), en las que emergen todas aquellas personas que, enfrentando cotidianamente la realidad, buscan soluciones y crean alternativas que, finalmente, son políticas, en cuanto se convierten en “grietas”⁷ que minan la estabilidad del sistema dominante. Como constata Regalado, lo peculiar de estas experiencias es “una forma distinta de hacer política, desde lo social-comunitario, donde el pensar sin la forma Estado tiene como punto de partida el dejar de reproducirlo y plantearse la necesidad de volver a entramar el tejido social comunitario destrozado por el tipo de relaciones que impone el mercado capitalista” (2007: 10-11). Pasamos ahora a ver cómo se puede estudiar bajo esta perspectiva el cambio, considerado como una de las consecuencias de las experiencias de resistencia.

EL CAMBIO CULTURAL COMO RESULTADO DE LAS LUCHAS AMBIENTALES

En los casos de conflictos ambientales es a menudo fácil determinar las victorias y los fracasos de un movimiento mirando a la consecución o no del objetivo inicial de la protesta⁸ (Walsh et al., 1993; Halebsky, 2006). Pero, como afirman Sherry Cable y Beth Degutis, también existen otras consecuencias que se escapan de la mayoría de los análisis, como las pequeñas victorias, el escepticismo de la gente, la cohesión de la comunidad o los cambios en los comportamientos políticos de los sujetos (1997: 123).

Partiendo de la premisa que se puede considerar la misma existencia de una resistencia como un triunfo (ya que confirma la existencia de un tejido social vivo y la superación de la indefensión aprendida, es decir, del sentimiento de inutilidad en luchar contra una situación que no se puede cambiar), cuando hablamos de los resultados de la misma resulta

sumamente superficial limitarse a los efectos directamente vinculados con la esfera pública e institucional o, en otras palabras, con el Estado y el capital. De hecho, durante una experiencia de protesta los objetivos se modifican y son reelaborados, y muchas veces aunque no se pueda conseguir el objetivo inicial, es decir, parar la obra o la instalación contra las que se está luchando, algo que llevaría a considerar la experiencia como un fracaso, nos encontramos frente a experiencias que son percibidas por los sujetos que las han protagonizado como enriquecedoras, positivas y que han supuesto cambios profundos tanto en la dimensión individual como en la colectiva.

De acuerdo con la idea de que “los resultados relevantes de un movimiento incluyen también aquellas consecuencias involuntarias que favorecen el cambio social” (Cable y Degutis, 1997: 123), nuestra propuesta analítica propone centrarse en el cambio cultural a nivel micro y meso, definido como una reelaboración de ideas, creencias y valores por parte de las personas que participan en la lucha. Para analizar esta dimensión de la protesta es muy pertinente el concepto de *eventful protest*, propuesto por Donatella Della Porta (2008) que se focaliza en las dinámicas internas y en la capacidad transformadora de la misma. La idea de la autora se centra en las “consecuencias relacionales, cognitivas y emocionales de la protesta” (Della Porta, 2008) que tienen efectos sobre los mismos movimientos. Esta contribución se enfoca en la capacidad transformadora de la protesta que se convierte en un laboratorio cultural que, independientemente de los resultados más obvios, influye en el cambio social.

La relevancia del cambio que vamos a analizar, reside en su potencial de transformación, no sólo a nivel individual y de comunidad, sino a nivel social. De hecho, los procesos de emancipación o, como lo llamó Jasper, de auto-transformación (1997: 376), empezando en los individuos, cambian la sociedad. Jasper (2012) afirma que los modelos estructurales que ignoran los microfundamentos de la acción política son precarios, por esta razón, para comprender el potencial de cambio social que tienen las experiencias de lucha por la defensa del territorio, en las que “las contradicciones estructurales de la vida política son experimentadas subjetivamente a través del proceso de la protesta” (Krauss, 1989: 229), resulta necesario incorporar

a los análisis las dinámicas micro. De hecho, como afirmó Thompson, “las miles de decisiones conscientes de este tipo son tan importantes, si no más, que los actos de los políticos para explicar los modelos del cambio social” (1993: 74). Con nuestra propuesta analítica queremos destacar que no se limita así a la necesidad de “invertir la mirada” hacia los de abajo y desarrollar un análisis de las consecuencias a nivel micro y meso, sino destacar su capacidad y/o potencialidad de cambio social.

Como afirma Holloway (2011), las pequeñas experiencias cotidianas de rebeldía, aunque sean contradictorias y experimentales, son momentos de ruptura, o utilizando su metáfora, son grietas en el sistema, porque en ellas se experimenta un otro-hacer, un vivir a otro ritmo, que tiene un gran potencial de cambio. Aunque no todas las grietas sean del mismo tamaño o intensidad o produzcan el mismo efecto en el sistema, hablar de las grietas significa, con palabras del autor, “hallar formas de hacer visible y fortalecer estas líneas de continuidad [entre las más diversas experiencias alrededor del mundo] que, a menudo, están sumergidas” (Holloway, 2011: 40).

Para concluir, queremos insistir en la idea de que la importancia de estudiar los resultados de los conflictos ambientales a nivel micro y meso no sólo reside en la capacidad de conseguir apreciar toda la riqueza, la “creación emancipatoria”,⁹ las experiencias que los sujetos implicados experimentan y hacen suyas, sino también en comprender y ver la relación entre la dimensión micro y meso de estas experiencias y el cambio social. El análisis micro no consiste simplemente en reducir la mirada hacia los individuos, sino presupone asumir que la estructura y la cultura las hacen las personas, y como consecuencia no se pueden comprender sin conocer qué sucede en la base de la sociedad, es decir, en los sujetos, porque como escribió Jasper: “es el individuo que puede tener una visión compleja del mundo, no una sociedad” (1997: 48).

La propuesta analítica que estamos presentando se basa en el estudio de las dimensiones cultural y biográfica de la protesta (Jasper, 1997). A la luz de lo que hemos presentado en este último párrafo, en el siguiente apartado describiremos los procesos cognitivos-emocionales a través de los que analizaremos el cambio, considerando que “los estudios sobre las

emociones sugieren cómo los microeventos tienen capacidad de afectar a través del tiempo estructuras mayores que lleven a promover cambios y a redefinir las relaciones de poder” (Enríquez Rosas, 2008: 206).

LOS PROCESOS COGNITIVOS/EMOCIONALES QUE LLEVAN AL CAMBIO

En este párrafo describiremos las motivaciones que nos llevaron a incorporar al estudio algunos procesos cognitivos/emocionales para la comprensión del cambio.

Apoyándonos en la literatura existente sobre el papel de las emociones en la protesta, así como en los resultados de nuestra investigación, podemos afirmar que las emociones no sólo ayudan a explicar el origen, el desarrollo y el triunfo o no de un movimiento (Jasper, 1998: 416-417) sino también permiten comprender el proceso que “despierta”¹⁰ a las personas, y cómo éstas, a raíz de la experiencia, reelaboran sus ideas sobre el mundo.

Como afirmaron Goodwin et al., “es difícil pensar en actividades y relaciones que sean más abiertamente emocionales que las asociadas con la protesta política y la resistencia” (2000: 77), pero, ¿cómo influyen las emociones en el cambio?

Para comprender ese aspecto de la dimensión emocional de la protesta hay que considerar el vínculo entre emociones y cognición, es decir, el papel de las emociones en el aprendizaje. Como afirman los autores antes citados, “cada cambio cognitivo es acompañado por uno emocional” (2001: 19), y eso influye en el aprendizaje final de la experiencia del conflicto, en la toma de conciencia de determinados problemas, como el ambiental, y en la transformación de los participantes en sujetos políticos, que reivindican derechos más allá de la motivación que los llevó a participar en el conflicto.

El papel de las emociones en los procesos cognitivos, es decir, en los procesos a través de los cuales los seres humanos interpretamos el mundo y le damos sentido, permite explicar cómo las emociones influyen en el cambio cultural. Por esta razón, en nuestra propuesta planteamos incluir las emociones en el análisis de algunos procesos cognitivos,¹¹ como el proceso de transformación de conciencia y de conducta y el empoderamiento.¹²

El proceso de transformación de conciencia y de conducta, como escribieron Piven y Cloward (1977), es una consecuencia del surgimiento de un movimiento de protesta y comprende por lo menos tres etapas: la pérdida de legitimidad del sistema por parte de los que protestan, la reivindicación de nuevas demandas de cambio y, finalmente, un nuevo sentimiento de eficacia o, en otra palabras, la superación de la indefensión aprendida. Por lo que concierne al cambio en la conducta, los autores afirmaron que “es igual de sorprendente, y normalmente más fácilmente reconocible, por lo menos cuando toma la forma de huelgas masivas, marchas o revueltas” (1977: 3-4).

La última etapa del cambio de conciencia propuesta por Piven y Cloward nos lleva al concepto de empoderamiento que, inicialmente propuesto en el marco de la psicología de comunidad en los años sesenta, y muy pronto utilizado en distintas disciplinas, incluida la política, indica el proceso, individual y colectivo, de adquisición del poder, no como “poder sobre alguien” sino como “poder de”, como potencialidad (Dallago, 2006). En el marco de nuestra propuesta de análisis consideramos que el empoderamiento es uno de los resultados de los movimientos, que lleva a un cambio social, y que, también recordamos, depende de las emociones experimentadas en la protesta. Por esta razón, entre las muchas definiciones de empoderamiento que encontramos en la literatura nos apoyamos en aquella que lo define como “una condición socio-psicológica de confianza en las habilidades de uno que desafía las relaciones existentes de dominación” (Drury y Reicher, 2005: 35).

Tanto el proceso de liberación cognitiva como el empoderamiento han sido propuestos por estudiosos de los movimientos sociales para comprender distintas dimensiones de la protesta, pero analizándolos en su conjunto, y como sugiere Jasper, incorporando las emociones al análisis, se puede conseguir una comprensión en profundidad del cambio cultural producido por el conflicto.

Por último, hay que evidenciar que, centrándonos en la experiencia biográfica y en las emociones de los que protestan, no podemos utilizar técnicas de investigación cualitativas, apoyándonos en la idea de que “los pueblos, sus culturas y cosmovisiones, no pueden ser comprendidos [...]

sólo a través de estudios cuantitativos y estructurales” (Zibechi, 2008a: 6). Además, los valores y las emociones son incommensurables y pueden ser apreciados sólo en su dimensión cualitativa, permitiendo acceder a una comprensión subjetiva del conflicto que nos permita “entender los motivos que llevan a la persona a actuar de manera determinada prestando atención al contexto en el que la acción se desarrolla” (Coller, 2005: 20). Para concluir, creemos además que es necesario “reivindicar los métodos cualitativos pero siempre y cuando a través de ellos se exprese la voz, incluso la mirada, el sentir, la subjetividad de los sujetos de la investigación” (Regalado, 2012: 172).

EL CAMBIO CULTURAL: DESDE LA TEORÍA A LA PRAXIS

Después de haber presentado nuestros argumentos y nuestras herramientas teóricas y metodológicas, creemos que puede resultar enriquecedor describir cómo se manifiesta el cambio del que se ha hablado hasta el momento, en una de las experiencias analizadas.¹³ Basándonos en los resultados de nuestra investigación empírica, presentaremos el cambio cultural centrándonos en tres dimensiones: en la relación con el territorio, en la dimensión política y en la biográfica.

Respeto a los cambios en la relación con el territorio hemos observado que la experiencia de lucha produce una revalorización tanto de sus bienes naturales como el río, las montañas, los cerros, el campo etc., así como de las componentes culturales y sociales, como el pueblo, el estilo de vida, la seguridad, los vínculos afectivos, etc. Una de las consecuencias de estas experiencias resulta ser el fortalecimiento del vínculo entre las personas y el territorio que habitan, como se puede apreciar en el testimonio de esta mujer:

*Nos quedó una experiencia de que a hoy valoramos nuestro pueblito, más que nunca, [porque] sabemos que éstas son nuestras raíces (E.Sg.5).*¹⁴

Hemos comprobado también que, como consecuencia del conflicto, hay una revalorización de valores y sentimientos y del patrimonio inmaterial,

como recuerdos, raíces, etc. Mientras las administraciones siguen bajo una lógica coste-beneficios puramente materialista, sobre la que se basa, por ejemplo, la práctica de las expropiaciones, las personas de las comunidades afectadas rechazan esta lógica, reconociendo el valor sentimental y humano de la pérdida del pueblo, proceso que los lleva a replantearse el valor de las cosas y reconocer la inconmensurabilidad de esos valores. Así es como lo expresó una entrevistada:

[...] nuestros sentimientos no nos los podían pagar, porque no tenían precio [...] (E.Sg.10).

Entre las muchas reelaboraciones de ideas, creencias y valores que caracterizan a estas experiencias, creemos que es interesante destacar que las luchas por la defensa del territorio implican la puesta en discusión del concepto de progreso. Eso ocurre porque los discursos de los promotores y de los gobiernos presentan las instalaciones y las infraestructuras como ejemplos de progreso, fomentando la estigmatización de los que se oponen por estar en contra del progreso y del interés general. De esta manera, los participantes tienen que repensar este concepto, como afirmó un entrevistado:

¿Para ti qué es progreso? ¿Que te hagan una presa, te quiten tu trabajo y se lleven el agua a otro estado? ¿Eso es progreso? No tiene sentido eso. Para mí no es progreso eso (E.Sg.7).

Al explorar estas reelaboraciones y preguntar qué es o tendría que ser el progreso, los entrevistados sugirieron ejemplos relacionados con la vida diaria, y sobre todo con la mejoría de las condiciones de vida para la mayoría de las personas, como se aprecia en este testimonio:

Hay muchas maneras de progresar y nunca las han hecho, ¿cuándo se han preocupado por la gente que vive del campo, por la gente que trabaja de sol a sol? y nunca han dicho “hay que mejorarle su condición de vida” (E.Sg.9).

Finalmente, en relación con la sensibilidad ambiental podemos decir que no hemos apreciado un cambio importante en ese ámbito, ya que las personas que tenían una sensibilidad antes del conflicto siguen manteniéndola, aunque sí hemos observado la necesidad de transmitir esa sensibilidad a las nuevas generaciones, entre otras cosas como estrategia defensiva frente a ataques futuros. Ese último elemento no tiene que extrañar, ya que, como hemos afirmado en la introducción, estas experiencias son conflictos sociales y políticos, antes que ambientales, que surgen de la resistencia contra el Estado para la sobrevivencia, en lugares que son periféricos, en relación con los centros económicos y de poder, y que por esa razón, según la lógica del Estado y del capital, pueden ser sacrificados para llevar riqueza a otros lugares.

Entre los resultados de las luchas en la dimensión política, el proceso de transformación de conciencia y de conducta descrito por Piven y Cloward (1977), en todos sus aspectos, nos ayuda a definir las dinámicas que llevan al cambio. La transformación de conciencia descrita por los autores se produce a nivel de sistema, es decir, cuando la autoridad pierde legitimidad. En nuestro caso de estudio, una entrevistada, por ejemplo, afirmó:

[...] el gobierno se equivocó, no supo hacer las cosas [...] el gobierno es abuso de confianza del pueblo (E.Sg.5).

Sucesivamente encontramos la etapa en la cual las personas empiezan a demandar derechos o cambios en ellos. O, como afirmó esta entrevistada:

[...] yo pienso que la gente entendió eso, que tenemos que alzar la voz (E.Sg.6).

Por último, la transformación de conciencia se produce cuando personas que ordinariamente se consideran políticamente impotentes, comienzan a creer en su capacidad para cambiar las cosas, como se puede leer en este testimonio:

Yo siento que desde entonces no le tengo miedo ni al gobierno, ni a nadie... son humanos también, y también tienen miedo igual que la gente (E.Sg.4).

Esa transformación de conciencia que hemos observado nos reconduce al concepto de empoderamiento, que hace que las personas involucradas en estas experiencias se conviertan en nuevos sujetos políticos, con capacidad de oponerse a lo que no creen justo, y de tener derecho a vivir según sus principios y necesidades. Con palabras de un entrevistado:

[Ha quedado la idea] de que se pueden revertir las decisiones cuando no son tomadas en consenso con la ciudadanía, así es para mí, ha quedado este precedente (E.Sg.1).

El empoderamiento se puede apreciar en la pérdida del miedo hacia la autoridad, sean políticos o policías y en la legitimación de la lucha y de la protesta como medio para defenderse y conseguir derechos y objetivos, Como afirma esta mujer:

[...] es una experiencia muy bonita que te deja una enseñanza que dices “es que es solamente así como que te pueden escuchar” (E.Sg.6).

La desafección y la desconfianza hacia la clase política, y la política institucional es parte del discurso oculto de los protagonistas de las luchas, pero la experiencia permite revalorar la fuerza de los sujetos capaces de gestionar el conflicto, sus territorios y sus vidas.

Terminamos con la última dimensión del cambio analizada, la relativa a la experiencia individual. Las personas que participan en las luchas ven crecer su autoestima, superando el miedo a hablar en público o actuar públicamente, como afirma este entrevistado:

[...] fue como un momento que me hizo revalorarme, o sea descubrir quizás capacidades que no había desarrollado [...] No me imaginaba el cambio que iba a traer esto en mí realmente (E.Sg.1).

Además, se crean nuevos vínculos entre las personas, que antes desconocían compartir necesidades y/o visiones del mundo, y se fortale-

cen las relaciones personales y la identidad colectiva de los grupos que comparten la vivencia de la protesta, o de la comunidad, como se puede leer en este testimonio:

[...] una experiencia muy bonita que me tocó vivir, para ser parte... como un granito que aportas a tu pueblo, a tu comunidad (E.Sg.6).

Uno de los aprendizajes de estas experiencias es la importancia de la unión y de la voluntad de las personas, superando la impotencia y la indefensión que caracteriza las experiencias de luchas, o con palabras de un entrevistado:

Lo único que me queda claro es que cuando la gente se une, es lo que cuenta, o sea, [...] si la gente quiere la gente puede hacer muchas cosas, es lo único que me quedó claro (E.Sg.2).

La protesta se confirma así en un evento social que la unidad y la solidaridad pueden fortalecer, contrarrestando las emociones negativas, como el miedo o la desesperación, que de por sí pueden desmotivar.

Por último, hemos apreciado también un cambio en los prejuicios hacia determinados colectivos, como los ecologistas, o más en general hacia quien lucha. La práctica de la resistencia lleva a conocer más en profundidad a personas que pertenecen a estos colectivos, a confrontarse y a ponerse en el lugar de los que tienen que luchar para defender su territorio o sus derechos. Muchos entrevistados afirmaron que antes del conflicto no entendían estas reivindicaciones porque sólo las habían visto a través de los medios de comunicación, es decir, con las lentes de la ideología dominante. Como afirmó esta persona:

[...] muchas veces que ves en la televisión manifestaciones dices “ah, gente borlotera, y esto y el otro”. Yo decía primero [eso], y ya hoy no, hoy digo: “está bien, porque están defendiendo sus causas” y es lo mismo que nosotros andábamos haciendo” (E.Sg.7).

Como afirmó una vez un activista español, “en estas luchas se habla mucho, se reflexiona, se intercambia, y allí efectivamente hay una autoconciencia de poderío, no es un pueblo humillado, ya”.¹⁵ Ese pueblo que ya no es humillado, conoce su propia fuerza, ha perdido el miedo, no está dispuesto a que se lo engañe más y sabe que puede ganar otra vez porque ya es consciente de que no es verdad, la idea común, de que con el gobierno no se puede. Ese pueblo que ha sufrido mucho y que finalmente ha celebrado su victoria, aunque sabe que eso no es para siempre porque estos proyectos muchas veces vuelven a amenazar el territorio, también empieza a experimentar otras prácticas, que ponen en evidencia cómo estas experiencias se conviertan en “procesos germinales de autonomía” (Regalado, 2010). Estas prácticas, que van desde la creación de nuevas asociaciones o grupos que se ocupan de problemas sociales, a trabajos de sensibilización con niños y adolescentes promovidos por actores sociales tanto desde asociaciones privadas como desde las instituciones ya existentes (escuelas, parroquias, etc.), muestran que los valores surgidos en el marco del conflicto siguen vivos, y que las personas quieren difundirlos a los demás, o como afirmó una entrevistada:

[...] lo que quieres es despertar a la gente, que no sea tan indiferente (E.Sg.9).

Hemos podido comprobar, además, que los nuevos valores, o una reelaboración de la escala de los valores existentes, hacen que las personas sigan involucradas para defender el propio territorio, como expresa este testimonio:

[...] habrá que seguir preparándonos, habrá que seguir participando en ese tipo de causas justas, esta es mi experiencia, de saber, de tener la confianza de que, como decimos, “sí se puede”, sí se puede... salvar las cosas.

Pero también hemos observado reivindicaciones de derechos que no están directamente relacionados con el tema de la contienda, como pasó en el caso analizado, donde las personas del pueblo, dos años después del fin de la lucha, protestaron para pedir al alcalde elegir al delegado municipal.

Estos son sólo unos pocos ejemplos de prácticas concretas, pero existe un trabajo diario de muchas personas que desde sus lugares de trabajo, sus casas, experiencias de voluntariado, están reproduciendo lo que han aprendido en la experiencia del conflicto contra la obra hidráulica, poniendo en práctica los valores que han re y auto descubierto. Estas experiencias de luchas por la defensa del territorio marcan un antes y un después en la vida de las personas, y eso comprueba, entre otras cosas, la idea de que “el territorio, siempre amenazado, es el elemento necesario para que historias, culturas y pueblos, sigan existiendo y construyendo su futuro” (Gasparello y Quintana, 2009: 23).

CONCLUSIONES

Las luchas por la defensa del territorio son experiencias equivocadamente desatendidas por la literatura sobre movimientos sociales por su carácter local y por sus reivindicaciones aparentemente particularistas o no universalistas. La finalidad de este trabajo ha sido transmitir la trascendencia de estas experiencias como motor de cambio, evidenciando que esas luchas son conflictos políticos en los que se pone en discusión el sistema de valores dominante; contribuyen a un cambio cultural en los sujetos que las viven y, a su vez, tienen consecuencias que sobrepasan la esfera individual, pudiéndose observar, por ejemplo, nuevas prácticas y conductas.

Para comprender dichas experiencias bajo esta perspectiva hemos presentado una propuesta analítica que permite abarcar las luchas por la defensa del territorio como fenómenos de la vida real que producen un cambio cultural en los individuos. El potencial del enfoque desde el sujeto y desde abajo, es decir, desde los sujetos normalmente ignorados por el poder y, muchas veces, por la academia, reside en su capacidad de revalorización de la cotidianidad para la comprensión de la realidad social. Micro no significa sólo describir lo “pequeño” en lugar de lo “grande”, sino mirar cómo desde lo pequeño se construyen las bases sobre las que se sustenta lo macro.

Nuestra propuesta analítica permite analizar el cambio que experimenta la gente en “los breves momentos en los que está despierta por

la indignación, cuando ellos están preparados a desobedecer a las autoridades, a los que normalmente los aplastan, estos breves momentos en los que los grupos desde abajo ejercen alguna fuerza contra el estado” (Piven y Cloward, 1977: x). En estos momentos hay una transformación tanto de conciencia como de conducta producida por la experiencia de la protesta, en donde los manifestantes “antes de cambiar el mundo deben cambiar muchos mundos internos, partiendo del suyo” (Jasper, 1997: 178). Como ha podido comprobar Jasper, “una vez que una persona empieza a participar está sujeta a nuevos procesos sociales que ayudan a dar formas a emociones, moral y cognición” (1997: 185), que contribuyen a reelaborar ideas, creencias y valores que pueden despertar en las personas la conciencia de ser sujetos políticos. Este cambio “no pasa tanto por influir sobre los responsables políticos como por la transformación respecto a la manera de vivir juntos a partir de alternativas concretas que pongan en práctica los valores del movimiento y una reafirmación de las formas de sociabilidad locales” (Pleyers, 2009: 145).

A través de un análisis micro y meso de la lucha y gracias a la incorporación de las emociones en el estudio, se destapa el potencial y la fuerza renovadora que caracteriza estas experiencias, que salen del localismo y del egoísmo que muchas veces se les atribuye, y contribuyen a la emancipación de las personas que participan. En otras palabras, invertir la mirada desde abajo permite comprender las luchas como experiencias de emancipación.

La fuerte carga emocional que caracteriza las experiencias de lucha, y que comprende los vínculos humanos y con el territorio, la injusticia “que te saca las tripas”,¹⁶ la solidaridad y la consciencia de no estar solos, no únicamente se demuestran motor para la acción sino que desencadenan un proceso que cambia a las personas. En una sociedad que nos lleva al individualismo y a la competencia, al cinismo y al desencanto, sentir la fuerza de la comunidad, experimentar el beneficio del apoyo mutuo, el aflorar de nuevas relaciones personales basadas en valores compartidos, son experiencias que dejan una huella profunda en quienes las viven. “Lo que no te destruye te hace más fuerte”, dice el refrán, y estas luchas, aunque puedan causar dolor y desesperación, empoderan a los individuos,

y eso, en palabras de Howard Zinn, es “un poder que los gobiernos no pueden suprimir”.

Estas resistencias y luchas locales esconden una potencialidad de cambio social mucho más poderosa de la que se les atribuye comúnmente, ya que en estas experiencias “nacen-crecen-germinan formas de lazos sociales que son la argamasa del mundo nuevo” (Zibechi, 2007: 55). Para concluir: los resultados de nuestra investigación contribuyen a fortalecer la idea de que un cambio social a más amplia escala es posible solamente si la mayoría de las personas se empodera a través de un proceso de emancipación que no puede ser rápido ni puntual, sino lento, constante y difuso, un proceso en el que los protagonistas de estas experiencias “cambian ellos, cambiando el mundo” (Zibechi, 2007: 15).

BIBLIOGRAFÍA

- Cable, Sherry y Beth Degutis. 1997. “Movement Outcomes and Dimensions of Social Change: The Multiple Effects of Local Mobilizations”. En *Current Sociology*, 45 (3), pp. 121-135.
- Coller Porta, Xavier. 2005. *Estudio de caso*. Madrid: Cuadernos CIS.
- Della Porta, Donatella. 2008. “Eventful Protest, Global Conflicts”. En *Distinktion: Scandinavian Journal of Social Theory*, 17, pp. 27-56.
- Drury, John and Steve Reicher. 2005. “Explaining Enduring Empowerment. A Comparative Study of Collective Action and Psychological Outcomes”. En *European Journal of Social Psychology*, 35, pp. 35-58.
- Enríquez Rosas, Rocío. 2008. *El crisol de la pobreza: mujeres, subjetividades, emociones y redes sociales*. Guadalajara, México: Iteso
- Freudenburg, William R. y Susan K. 1992. “NIMBYS and LULUS: Stalking the Syndromes”. En *Journal of Social Issues*, 48 (4), pp. 39-61.
- Gasparello, Giovanna; Jaime Quintana Guerrero. 2009. *Otras geografías. Experiencias de autonomías indígenas en México*. Ciudad de México: UAM.
- Gibson, Timothy A. 2005. “NIMBY and the Civic Good”. En *American Sociological Association*, 4 (4), pp. 381-401.
- Goodwin, Jeff, James M. Jasper y Francesca Polletta. 2000. “The Return of the

- Repressed: the Fall and Rise of Emotions in Social Movement Theory”. En *Mobilization: An International Journal*, 5 (1), pp. 65-83.
- _____. 2001. *Passionate Politics: Emotions in Social Movements*. Chicago: University of Chicago Press.
- Halebsky, Stephen. 2006. “Explaining the Outcomes of Antisuperstore Movements: a Comparative Analysis of Six Communities”. En *Mobilization: An international Journal*, 11 (4), pp. 443-460.
- Hernández López, José de Jesús y Miguel Ángel Casillas Báez. 2008. “La presa que se llenó de engaños: el caso de San Nicolás, Jalisco. Respuesta regional a los proyectos estatales de trasvases”. En *Relaciones*, 29 (116), pp. 23-62.
- Holloway. 2011. *Agrietar el capitalismo. El hacer contra el trabajo*. Buenos Aires: Herramienta.
- Jasper, James M. 1997. *The Art of Moral Protest: Culture, Biography, and Creativity in Social Movements*. Chicago: University of Chicago Press.
- _____. 1998. “The Emotions of Protest: Affective and Reactive Emotions in and Around Social Movements”. En *Sociological Forum*, 13, pp. 397-424.
- _____. 2012. “¿De la estructura a la acción? La teoría de los movimientos sociales después de los grandes paradigmas”. En *Sociológica*, 75, pp. 7-48.
- Kraft, Michael E., Clary Bruce B. 1991. “Citizen Participation and the NIMBY Síndrome: Public Response to Radioactive Waste Disposal”. En *The Western Political Quarterly*, 44 (2), pp. 299-328.
- Krauss, Celene. 1989. “Community Struggles and the Shaping of Democratic Consciousness”. En *Sociological Forum*, 4 (2), pp. 227-238.
- _____. 1993. “Women and Toxic Waste Protests: Race, Class and Gender as Resources of Resistance”. En *Qualitative Sociology*, 16 (3), pp. 247-262.
- Lake, Robert W. 1993. “Planners’ Alchemy Transforming NIMBY to YIMBY: Rethinking NIMBY”. En *Journal of the American Planning Association*, 59 (1), pp. 87-93.
- Leff, Enrique. 2004. *Racionalidad ambiental. La reapropiación social de la naturaleza*. Ciudad de México: Siglo XXI Editores.
- Mannarini, Terri y Angela Fedi (eds.). 2008. *Oltre il NIMBY. La dimensione psico-sociale della protesta contro le opere sgradite*. Milano: Franco Angeli Editore.
- Martín Martín, Salvador. 2011. “Mirar desde abajo”. En *Las luchas sociales en Jalisco 2010*. Guadalajara, México: Seminario Movimientos Sociales, Sujetos y Prácticas, pp. 6-9.

- Neveu, Catherine. 2002. "NIMBYS as Citizens: (Re)defining the 'General Interest'". En *Focaal- European Journal of Anthropology*, 40, pp. 51-66.
- Piven, Frances Fox y Richard A. Cloward. 1977. *Poor People's Movements. Why They Succeed, How They Fail*. New York: Pantheon Books.
- Pleyers, Geoffrey. 2009. "Autonomías locales y subjetividades en contra del neoliberalismo: hacia un nuevo paradigma para entender los movimientos sociales". En Mestries Benquet, Francis, Geoffrey Pleyers y Sergio Zermeño (eds.), *Los movimientos sociales: de lo local a lo global*. Barcelona: Anthropos, pp. 129-156.
- Poma, Alicia. 2012. "¿Qué precios tienen nuestras raíces?". Un análisis del proceso de resistencia de una comunidad mexicana contra la construcción de una presa". Ponencia presentada en el 54° Congreso de la Asociación Internacional de Americanistas (ICA). Universidad de Viena, Austria, de 15 a 22 de julio de 2012.
- _____. 2013a. "Las emociones no se pueden represar. El papel de las emociones en experiencias de conflictos ambientales". Ponencia presentada en III Coloquio de Investigación "Las emociones en el marco de las ciencias sociales: perspectivas interdisciplinarias". Universidad Jesuita de Guadalajara ITESO y Facultad de Estudios Superiores Iztacala, UNAM. Tlaquepaque, Jal., 21 y 22 de marzo de 2013.
- _____. 2013b. "Conflictos ambientales y cambio cultural. Un análisis desde la perspectiva de los afectados". Tesis doctoral. Universidad Pablo de Olavide, Sevilla, España.
- Poma, Alicia y Tommaso Gravante. 2012. "The role of emotions in protest. A proposal of analysis". Ponencia presentada en el II Forum de la Asociación Internacional de Sociología (ISA). Universidad de Buenos Aires, Argentina, de 1 a 4 de agosto de 2012.
- Regalado, Jorge. 2007. "Otros horizontes". En vv. AA, *Los movimientos sociales y el poder. La otra campaña y la coyuntura política mexicana*. Guadalajara, México: Taller Editorial la Casa del mago, pp. 9-15.
- _____. 2010. Ponencia presentada en el encuentro de REMISOC, nodo occidente, 7 de octubre de 2010. [Última consulta: 2013-03-06]. Disponible en: http://www.remisoc.org.mx/index.php?option=com_rokdownloads&view=file&Itemid=102&id=96:ponencia-de-jorge-regalado

- _____. 2012. “Notas deshilvanadas sobre otra epistemología”. En VV.AA. *Hacer política para un porvenir más allá del capitalismo*. Guadalajara, México: Las Grietas Editores, pp.167-181.
- Sandoval Álvarez, Rafael. 2012. “Sujetos que piensan más allá del Estado y el capital”. En VV. AA., *Hacer política para un porvenir más allá del capitalismo*. Guadalajara, México: Las Grietas Editores, pp. 9-24.
- Scott, James C. 2000. *Los dominados y el arte de la resistencia*. México: Era.
- Thompson, Paul. 1993. “Historias de vida en el análisis de cambio social”. En José Miguel Marinas y Cristina Santamarina (eds.), *La historia oral: métodos y experiencias*. Madrid: Debate, pp. 65-80.
- Walsh, Edward, Rex Warland y D. Clayton Smith. 1993. “Backyards, NIMBYS, and Incinerator Sitings: Implications for for Social Movement Theory”. En *Social Problems*, 40 (1), pp. 25-38.
- Zibechi, Raúl. 2007. *Autonomías y Emancipaciones. América Latina en movimiento*. Perú: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- _____. (2008a). *Territorios en resistencia. Cartografía política de las periferias urbanas latinoamericanas*. Buenos Aires: Lavaca.
- _____. (2008b). “Los movimientos, portadores del mundo nuevo”. En *La Jornada*, 17 de enero de 2008.

Tabla de las entrevistas relativas a los extractos citados

<i>Siglas</i>	<i>Género (H/M)</i>	<i>Lugar</i>	<i>Fecha de la entrevista</i>
E.Sg.1	H	San Gaspar, México	Nov. 2010
E.Sg.2	M	San Gaspar, México	Nov. 2010
E.Sg.4	H	San Gaspar, México	Nov. 2010
E.Sg.5	M	San Gaspar, México	Nov. 2010
E.Sg.6	M	San Gaspar, México	Ene. 2011
E.Sg.7	H	Jalostotitlán, México	Ene. 2011
E.Sg.9	M	San Gaspar, México	Ene. 2011
E.Sg.10	M	San Gaspar, México	Ene. 2011

NOTAS

¹ La etiqueta NIMBY (no en mi patio trasero) se emplea como una acepción despectiva para referirse a los movimientos de protesta de base local o a los activistas individuales que se oponen a una instalación.

² Las respuestas NIMBY se caracterizan por: “1) desconfianza hacia los promotores, 2) información limitada sobre las cuestiones relativas a la ubicación, 3) actitud provinciana y localizada hacia el proyecto, que no considera las repercusiones más amplias, 4) respuesta emocional hacia el conflicto, 5) alto nivel de preocupación sobre los riesgos” (Kraft y Clary, 1991: 302-303).

³ LULU (Locally Unwanted Land Use) es una sigla propuesta por Freundenburg y Pastor (1992) en oposición a la etiqueta NIMBY que se puede traducir al castellano como uso del territorio localmente indeseado.

⁴ Las experiencias analizadas en el marco de la investigación han sido: la lucha contra la presa de San Nicolás, Jalisco, México (2004-2005); el conflicto por la defensa de río Grande, Málaga, España (2006-2007), y el conflicto contra el embalse de Riaño, León, España (1986-1987, retomado en la actualidad gracias a la constitución de la asociación por la recuperación del Valle de Riaño). Las herramientas metodológicas empleadas en la investigación han sido el estudio comparado de casos y el análisis cualitativo de la información recogida a través de entrevistas semiestructuradas en profundidad a los participantes de los conflictos (sesenta en su totalidad), enriquecido por la observación participante y la recogida de documentación sobre los casos. Para más informaciones, véase Poma, 2013b.

⁵ Esas organizaciones pueden ser desde Organizaciones No Gubernamentales que trabajan en un determinado sector, como el de la mujer, del medio ambiente, contra la guerra, etc., organizaciones como WWF, Greenpeace, ATTAC, o grupos locales, pero siempre con un cierto grado de institucionalización.

⁶ O como las define Scott (2000) “insurgencias ocasionales”, momentos de explosiones que muchas veces los analistas no saben explicar y parecen haber surgido de la nada, mientras son alimentadas por ese discurso oculto que caracteriza la infrapolítica.

⁷ Metáfora utilizada por Holloway (2011).

⁸ Mientras que para el caso de un movimiento social, como el feminista, o el ambientalista, puede ser más difícil identificar un único claro objetivo.

⁹ Véase Raúl Zibechi (2008a: 7).

¹⁰ Así como los expresan los protagonistas de las luchas.

¹¹ Siendo el objetivo de este artículo demostrar el cambio como resultado de las luchas ambientales, no trataremos de manera detallada la construcción metodológica para el estudio de las emociones en estas experiencias. Para un análisis dedicado exclusivamente a las emociones véase Poma (2013a) y Poma y Gravante (2012).

¹² Existen otros procesos cognitivos que se han demostrado útiles para la comprensión de la motivación a la acción y las dinámicas de las luchas y son el *shock* moral, la elaboración de la amenaza, la identificación de los culpables y el *injustice frame*, que no trataremos en esta sede por centrarnos en el cambio.

¹³ Para acompañar el análisis hemos elegido extractos de entrevistas del caso de estudio de la lucha contra la presa de San Nicolás, Jalisco, México (2004-2005). La presa de San Nicolás en México, en su proyecto, preveía la inundación de los pueblos de San Gaspar de los Reyes y San Nicolás de las Flores, en el municipio de Jalostotitlán, y muchos ranchos y tierras fértiles del municipio de Teocaltiche, ambos en el estado de Jalisco. Desde hace muchos años se hablaba de una presa en la comarca, pero fue en 2004 que la amenaza se hizo real. Algunos afectados de la zona empezaron a organizarse y se constituyó un movimiento que pude contar con el apoyo de actores externos como MAPDER (Movimiento Mexicano de Afectados por las Presas y en Defensa de los Ríos), el comité CASA, promovido por los hijos ausentes residentes en Estados Unidos, y otras personas entre periodistas locales, algún político no comprometido con el proyecto y protagonistas de experiencias similares de otras partes del país. Gracias a la presión popular de la gran mayoría de los habitantes de la zona y de los aliados externos se paró la obra y el 31 de mayo de 2005 el gobernador del estado de Jalisco leyó la declaración de desestimación del proyecto en el pueblo de San Gaspar. Para mayores informaciones sobre el caso de estudio véase Poma (2012, 2013a y 2013b) y Hernández López y Casillas Báez (2008).

¹⁴ Para garantizar el anonimato de los participantes, las entrevistas citadas en el texto tendrán una sigla Sg seguida por un número que identifica el entrevistado. Al final del trabajo se encontrará una tabla con las siglas de las entrevistas citadas.

¹⁵ Extracto de una entrevista a un activista de la Red Andaluza por una Nueva Cultura del Agua.

¹⁶ Extracto de una entrevista en el marco del conflicto por la defensa de río Grande, Málaga (España).

